ENERO 2022

Estallido de Relatos

Recopilación colectiva artística de relatos de violencia durante el estallido social

RELATOS

DIBUJOS

FOTOS

Y MÁS...

Universidad Austral de Chile
Conocimiento y Naturaleza

Círculo de conversación, cuidados y resistencia al trauma psicosocial
Proyecto financiado por la Dirección de Vinculación con el Medio UACh

Feminismo contra la violencia: Foto tomada en Santiago de Chile, frente al Palacio de la Moneda, 09 de Marzo del 2020, en el marco de la conmemoración del 8M

Círculo de Conversación, Cuidados y Resistencia al Trauma Psicosocial

Durante el año 202I hemos creado y ejecutado una iniciativa donde el objetivo ha sido facilitar un espacio de conversación que permita restaurar y reivindicar los derechos humanos de personas que han vivido experiencias de violencia de Estado y que lo han denunciado al Instituto de Derechos Humanos por hechos ocurridos en el contexto del proceso de transformación social de octubre del 20I9. En este espacio de conversación, que le llamamos círculo, fue posible compartir vivencias y promover la colaboración, focalizadas hacia la recuperación del bienestar y la agencia.

Sabemos que vivir experiencias de violencia por parte de personas que trabajan para el Estado y que parte de su labor implica proteger a la ciudadanía, tienen la potencia de poner en riesgo la integridad de las personas y lesionan gravemente la dignidad. Además, generalmente dichas experiencias son ocultadas para no provocar mayores afectaciones a otras personas queridas también afectadas, manteniéndose dinámicas de silenciamiento y, por tanto, no suelen ser visibilizadas ni reconocidas.

Por lo general, los casos de violencia de Estado quedan en la impunidad y la afectación producto de estos hechos provoca sufrimiento, dejando daños no sólo físicos, sino que además psicológicos y morales, que afectan a la víctima directa, y a todo su entorno familiar y comunitario, inclusive a personas que simbólicamente se sienten cercanas a esa experiencia.

Nuestro círculo, que fue vivido como un rito de encuentro virtual, no fue fácil comenzarlo ni sostenerlo durante su desarrollo… Nos fue muy difícil que las personas se animaran a reunirse con otras con experiencias similares. Creemos que esto es señal de lo que provoca la violencia: ruptura en los vínculos sociales. Comenzamos con una persona, Juan, y luego se sumaron dos más, Cristóbal y Eduardo, luego se sumó Mario y así... En un momento llegamos a ser diez participantes para, posteriormente, terminar este viaje nosotrxs cinco. En medio de la frustración, nosotras, las facilitadoras de este proyecto, nos declaramos perdidas y desde los participantes surge la propuesta: ¿y si hacemos un libro?. De esta forma, este círculo convoca a participar a todo Chile en una iniciativa colectiva de construcción de este documento que intenta reunir expresiones artísticas de personas que libremente, con sensibilidad social y sentido, nos comparten sus vivencias del estallido. Creemos que este libro surge de la resiliencia y para la resiliencia, es memoria y al mismo tiempo una oportunidad de reparación colectiva.

Les invitamos a leerlo y circularlo.

Daniela Zúñiga S., Alejandra Zolezzi V.,
Juan Tenorio D., Mario Castillo G. y Eduardo Jara A.

Ilustración: LaPilar

MI PSIQUIATRA ME AGREDIÓ

Un relato de violencia inusual durante la revuelta

Para el Estallido yo vivía en Santiago a pasos de Plaza Dignidad. Vi de todo y aún siento una extraña ansiedad al escuchar sobrevolar un helicóptero. Pero esta vez no quiero compartir un episodio violento vinculado a sonidos, sangre ni fuego, sino uno distinto que ocurrió en el estéril y seguro consultorio de mi, entonces, psiquiatra, ubicado en el también seguro y estéril sector de Los Dominicos. Supongo que me caló hondo porque esto sí que sí no lo vi venir.

Fue el 24 de octubre del 2019. Lo sé porque el día anterior pasaron dos cosas que me impactaron: mientras Piñera reducía la belicosidad de sus intervenciones -tras haber declarado la guerra a la ciudadanía-, se dio a conocer cómo tres dirigentes secundarios habían sido detenidos ilegalmente desde sus domicilios. Me aterré. Pensé en las prácticas de la dictadura y me dije “está pasando de nuevo”. A media mañana del jueves 24 partí donde mi psiquiatra y en el camino recibí el mensaje de una amiga abogada confirmando que habían utilizado la estación de metro Baquedano como centro de tortura. Todo eso fue un enredo comunicacional que nunca quedó del todo claro, pero en ese momento estaba recién comenzando y yo sólo leí que uno de los lugares más significativos de mi vida en Santiago -en el que aprendí mi primer trayecto, cómo llegar de la casa de mi abuela a la de mis tíos, y en el que solía bailar con mi mamá sobre el piso estrellado simulando que era un gran salón- estaba manchado por la tortura.

Me puse a llorar. Justo había llegado al consultorio y me recibió la Trini, la secretaria. Me preguntó qué pasaba y sólo pude mostrarle el mensaje en el teléfono; no podía hablar. Me abrazó y me trajo un vaso de agua. Su ternura y empatía no se me olvida. Una vez dentro de la consulta, Marcela, mi psiquiatra, me escuchó y empezó a responder cada uno de mis sentires de una manera que, luego entendí, buscaba invalidarlos. “No creo”, partió diciendo sobre la estación de metro. "Ay, ojalá", contesté yo. Le expresé mi temor de que el suavizado discurso de Piñera fuera una pantalla para empeorar la represión en las sombras, y ella me dijo que su lectura era exactamente la contraria: pensaba que la situación se resolvería pronto, ya que veía una mayor disposición al diálogo ahora que “la

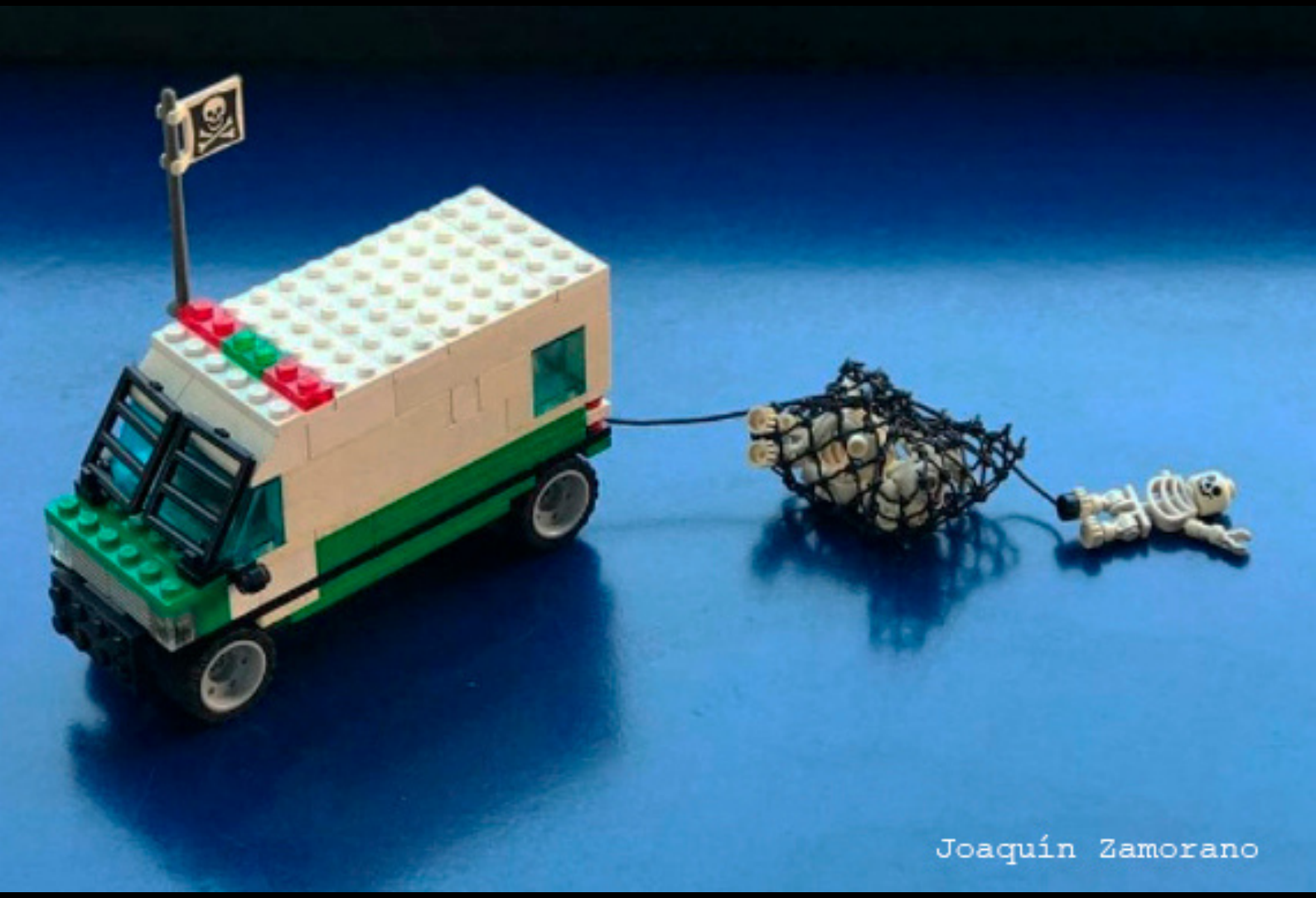
gente estaba menos violenta”. Cuando le mencioné que habían encontrado muertos, ella me aclaró que “los únicos confirmados habían estado saqueando". Desconcertada, contesté que saquear no ameritaba que te mataran, que su argumento era como justificar una violación porque alguien andaba con minifalda. Y así la cosa fue empeorando.

No paré de llorar durante la hora. Al contrario, cada vez lloraba más. Me sentía aturdida y es que no podía entender por qué estábamos discutiendo. Vi como ella iba perdiendo la paciencia conmigo y crecía un abismo entre las dos, en el mismo espacio donde antes me entregaba acogida y claridad.

Lo peor se dio cuando le confesé que mi mayor temor era que hubieran vuelto las violaciones a los derechos humanos de la dictadura. Ella me dijo “las violaciones a los derechos humanos ocurren todos los días”. Yo me corregí y dije “perdón, me refiero al terrorismo de Estado”. Ella no soltó mi error y siguió explicándome que hay lugares donde las personas no tienen derechos. Insistí y le dije “perdón... me equivoqué de concepto... me refería al terrorismo de Estado”. Pero la dra. Marcela quería hacer un punto y nada la iba a detener: ella trabajaba en poblaciones donde se violaban los derechos humanos de personas desde el momento en que nacían, y que el hecho de que viviéramos en una sociedad que permitía eso, era responsabilidad de todos. "De esa sociedad, todos somos culpables. Incluso tú".

Antes de despedirnos, le pregunté con sinceridad y alta confusión -porque solía confiar en su criterio-, si acaso creía que yo estaba exagerando. Contestó fríamente que mi problema era que veía las cosas muy en blanco y negro, y que debía tener más fe en Chile. Nos abrazamos y le di las gracias sin saber bien por qué.
Salí, pagué y caminé hasta la estación sin dejar de llorar. No pude cruzar la calle para entrar. Me quedé sentada hasta que me tranquilicé lo suficiente como para ir a casa. Nunca más volví a su consulta ni supe de ella... Cómo me la iba a encontrar, si entre las estaciones Baquedano y Los Domínicos hay más de un metro de distancia.

LaPilar



Lego de piratas

PAREIDOIA

Corazas sin alma, silentes, esperando atacar sin aviso. Los silbidos de una decadente canción entre colchones y flamas mientras el mundo se torna al revés; Donde los mares de significantes sin los veleros al frente entonan un oscuro son decadente buscando significado.

“La contienda es desigual” arengaba aquel azul caballero calvo, sin saber que por su retrato en papel alguien le declaraba la guerra a su propia gente. Ese mismo que moría por la patria para inmortalizarse, se avergonzaría de los que lo veneran y alzan sus armas contra su silente y desarmado pueblo.

Después del trinar de dientes y brillantes estrellas fulgurando sempiternas perdiéndose en la bruma blanca y hueso, a aquella persona se le dio vuelta el mundo, ese mundo que creía justo y equitativo por esfuerzo y mérito. Desde aquel momento se dio cuenta que la vida era aleatoriamente cruel, de repente se encontró navegando en un mar de piedras y la niebla no refrescaba, solo le dejaba ciego y le dificultaba respirar.

De repente el caballero andante de mil cocinas caía de su rocinante de cadenas y cascos de goma, pensando que ese era su último aliento, que su vida acababa entre aquellos destellos blancos y rojos. Aun adolorido se tocaba la cabeza creyendo que su dedo llegaría al motor de sus pensamientos y se devolvería con aquel matiz de las plumas que en la Inquisición firmaban las sentencias de muerte... Para su suerte sólo era sudor.

Se levantó a duras penas, mientras se acomodaba aquel casco que compró en oferta en algún mall chino de mala calaña que se había convertido en su yelmo protector y seguía su camino, en el que doscientos metros se convirtieron en un viaje de procesión a Jerusalén.

Desde aquel momento el inicio se convirtió en un final inesperado de un prólogo escrito a medias por un autor que no confiaba ni en sí mismo. Intentó recostarse en su cama mientras el mundo le daba vueltas de forma helicoidal. Trató de recordar algo para escribirlo, pero lo único que se le vino a la mente fue una visión de las llamas blancas y naranjas con matices de rojizo pardillo de aquella barricada, que bailaban en el viento húmedo de la madrugada de

Valdivia y se reflejaba para mostrarse en las casas, como si una muerte no anunciada se ataba las manos para no atrapar a ese que pasó y que se interpuso en la mira, ese que probó la crueldad en primera persona, el que perdió la fe en la justicia divina y se encarnó en un animal herido esperando que llegue su momento en un oscuro pantano solidificado y pintado con líneas blancas alumbrado solo por soles falsos tono sepia...

Para Lafken...

-Radowulff

Ilustración: LaPilar

"Lágrimas lacrimógenas"

"Propias lácrimas lagrimógenas"

Hace un tiempo que le costaba llorar, los años en este mundo le habían enseñado que las penas alcanzaban para llenar un mar y que ningún barco navega en las corrientes enrabiadas de tener que levantarse día tras día. Sin tener muy claro desde cuando, fue agarrando el hábito de llorar en las protestas. Ahí, con la cara cubierta nadie le preguntaría ¿por qué lloras? Nadie le haría esa pregunta tan incómoda, que sólo podría responder con "por todo hermano, por todo" y es que aunque buscaba constantemente en las sonrisas de sus hijos esa tranquilizadora alegría de niño, sólo imaginar sus llantos futuros le hacía preferir tomarles la mano fuerte sin mirarlos demasiado a los ojos, y quizás ofrecerles un helado. Con ansias esperaba el fin de cada manifestación pacífica, que bien sabía que aunque el no hiciera el más mínimo esfuerzo, culminaría en bombardeos lacrimógenos. Entonces se largaba a llorar, la cara le ardía y a moco tendido recordaba por un segundo todos los años que llevaba olvidando esa sensación. A veces pensaba que protestaba contra él mismo.

Sentía la garganta rasposa y lastimada aunque no profesaba el más mínimo grito -¿Qué gritar cuando se está buscando llorar por todo hermano?- Sabía sin embargo donde ir para sentir el dolor. En la esquina de Corvalán, le aterraba la muerte y la partida repentina de un muchacho, en algunos años, podría ser alguno de sus hijos. Frente a la Telefónica miraba al cielo y al sentirse pequeño, odiaba aquella gigantografía que le recordaba como una oda al sistema, la impotencia de sentir que nada cambiaría. En general, pasaba un momento por el caballo, no mucho porque se sentía rápidamente haciendo el ridículo y buscaba esquivar esa sensación de melancolía, euforia y el escupo amargo del atardecer.

Sin darse cuenta llevaba incontables minutos llorando, a veces entre sollozos, que atribuía siempre a la picazón del rostro que por lo general rechazaba ser embalsamado por agua con bicarbonato. No quería alivio, por un momento de toda su semana, quería sentir el desconsuelo de la vida. Buscaba sentir sus mejillas ardiendo y humedecidas por sus propias penas y rabias

"¡puta la wea!" Gritaba

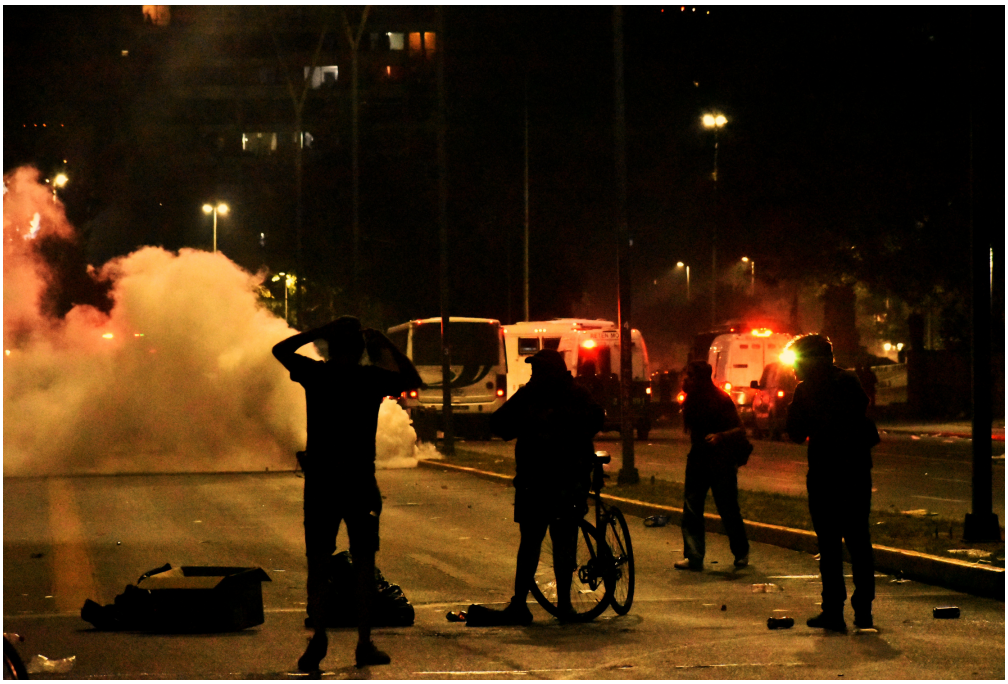
"¡la conchatumadre!"

Aunque nadie estuviera atento a lo que dijera, la situación era suficiente excusa para no darle explicaciones ni a él mismo, -¿Cómo explicar el dolor por todo hermano?- Al menos él había dejado de buscar respuesta. Alguna vez imaginó que si juntara en un vaso todas sus lágrimas podría mirarlas en su última estación del día. Mirarlas frente al turbio y enigmático río mapocho, haciéndose alguna pregunta extraña sobre cómo mejorar el paisaje de Santiago. Mirarlas e intercambiar un trago de cerveza con un besito a sus propias lacrimógenas. Aunque haya desechado la idea por la composición química tóxica que tendrían aquellos sorbos, fue lo más cerca que estuvo de superar ese estadio de negación y placer que le genera la protesta.

Lo habitual sin embargo era terminar con un respiro ondo de pulmones que probablemente no estuvieran en las mejores condiciones, esto lo relajaba profundamente. Sentía de inmediato una sensación de vacío y extravío, que llenaba lo más pronto posible con un mensaje por whatsapp a algún amigo, a sus padres o quizás a sus hijos, si aún era hora prudente. Saturando de emoticones incoherentes decía convencido "estoy bien, voy llegando".

Alex Sandro

Luna Grandón / @fotorevuelta



Luna Grandón / @fotorevuelta

1. Un país herido: Foto tomada en Santiago de Chile, Plaza de la Dignidad, el 18 de octubre del 2021, en la conmemoración de dos años de la revuelta popular.
2. Celebración con gusto a tortura: Foto tomada en Santiago de Chile, Plaza de la Dignidad, el 25 de noviembre del 2020, día en que ganó el Apruebo.
3. Autodefensa: Foto tomada en Santiago de Chile, el 18 de octubre del 2021, en Av. Providencia con Seminario, en la conmemoración de dos años de la revuelta popular.
4. Los verdaderos violentistas: Foto tomada en Santiago de Chile, el 18 de octubre del 2021, en Av. Providencia con Seminario, en la conmemoración de dos años de la revuelta popular.
5. Calor: Foto tomada en Santiago de Chile, el 18 de octubre del 2021, en la conmemoración de dos años de la revuelta popular.

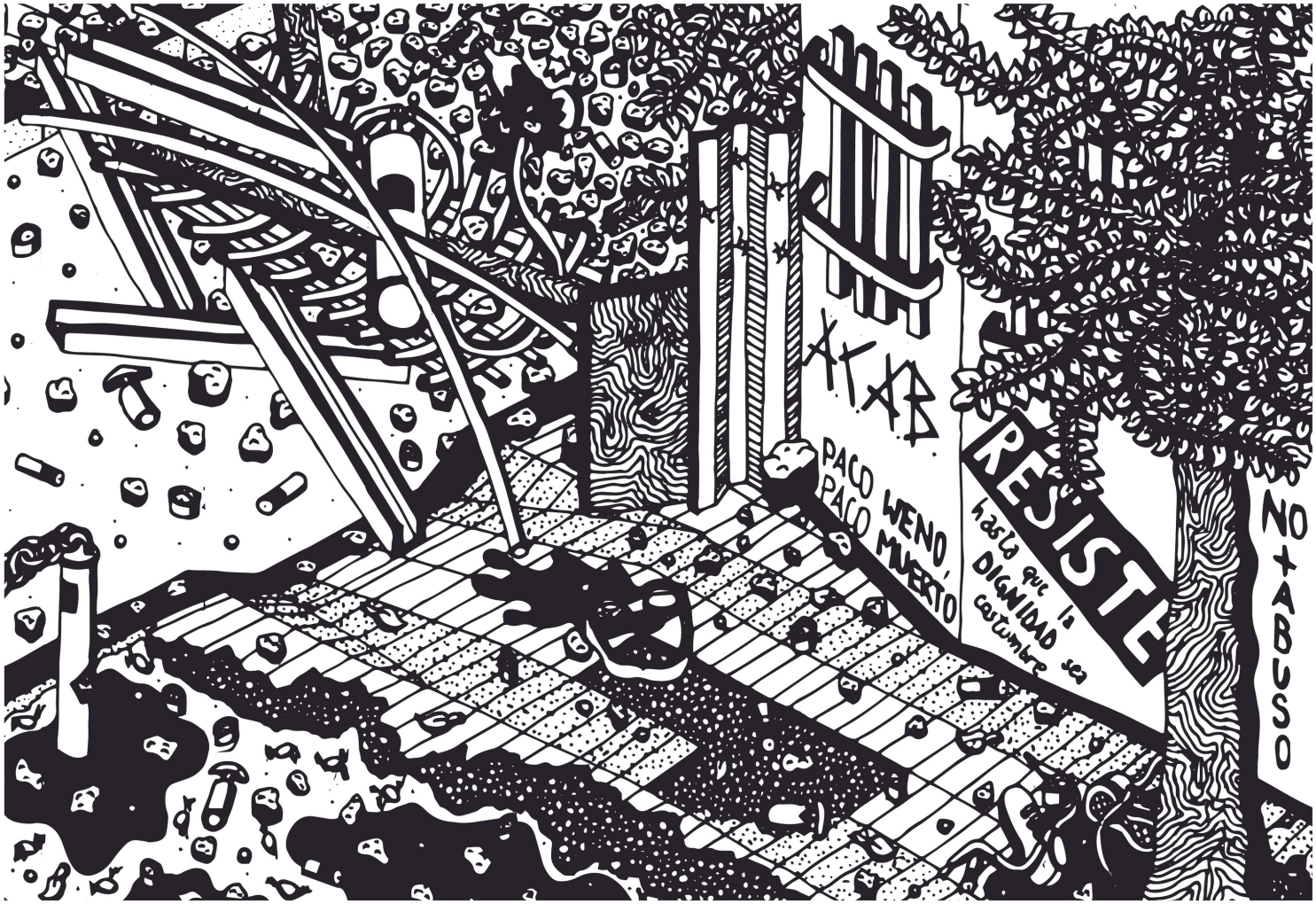
Luna Grandón / @fotorevuelta

Título: Balines

Soporte: Relato y Digitalización de dibujo en tinta sobre papel

"Continuamos atacando en la calle de lxs jalerxs, acercándonos a lxs bastardxs, protegiéndonos tras los escudos, árboles o postes. Nuevamente decidieron atacarnos con el zorrillo, seguido de un piquete de pacxs. El zorrillo nos ahuyentó así que corrimos hacia la Plaza. Mientras algunxs corríamos, otrxs camoteaban el carro con grandes proyectiles. Agarré un camote en el camino y lo lancé a poca distancia justo en la ventana del copiloto. Casi al mismo tiempo, otrx capucha lanzó una bomba de pintura que reventó cerca de mí, así que me manchó los brazos y la polera con pintura negra. El conductor dobló por la Alameda, intentando atropellar a la turba, pero frenó. Llovían los camotazos. Mientras el vehículo retrocedía y giraba me acerqué demasiado a lanzar otro camote porque sentí que uno me llegó en la pantorrilla derecha, me dolió mucho más que los balines, me dejó cojeando. Ahora el zorrillo tenía que esquivarlo porque se devolvía dando curvas. El blindado se dirigió al sur por Vicuña. Lxs encapuchadxs siguieron tras él corriendo, chifleando, camoteando, gritando. El vehículo dobló por la calle de lxs jalabinerxs para seguir resguardando a lxs fascistas manchadxs de sangre que estaban ahí reunidxs."

samkidcrash

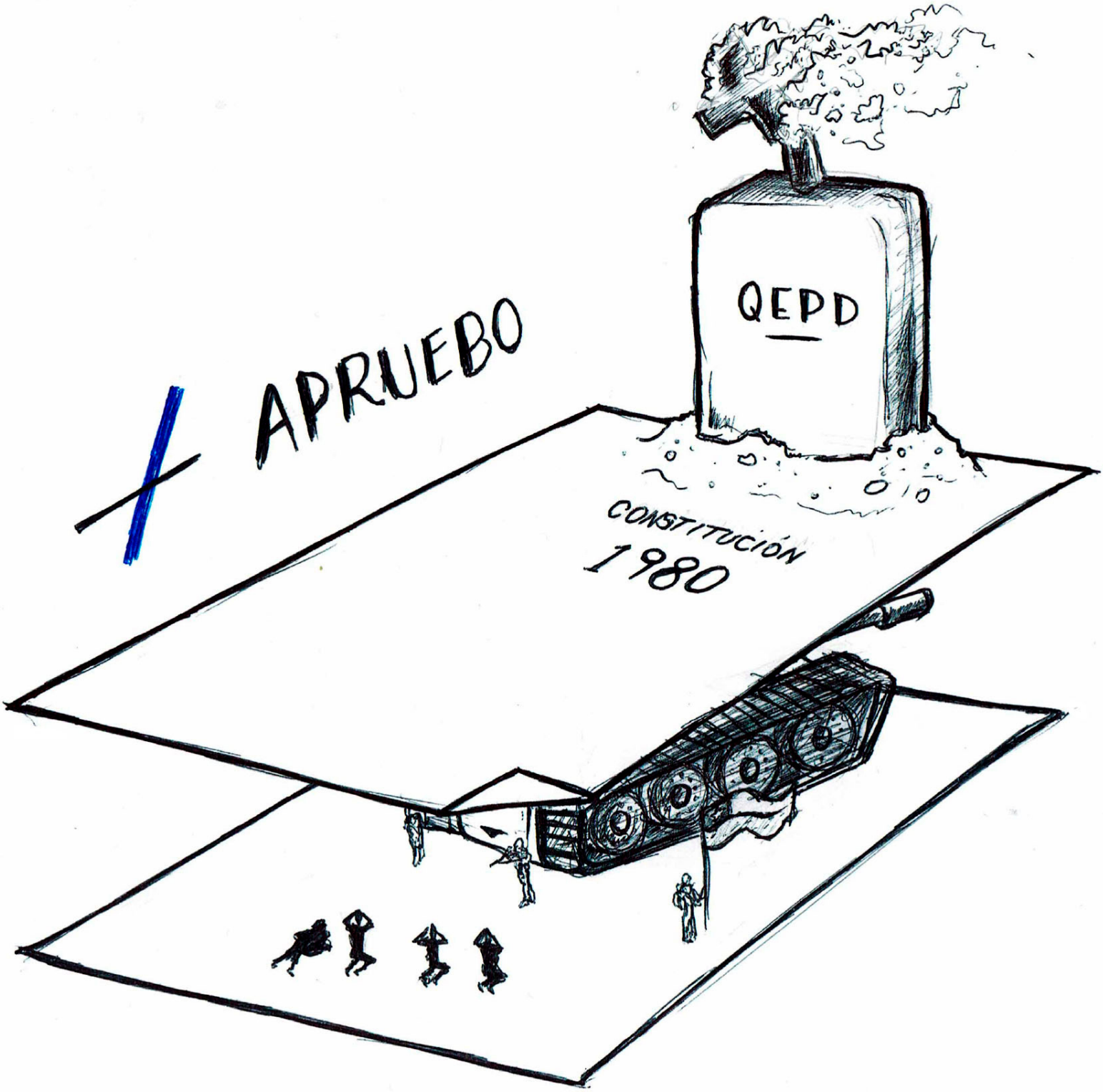


Vicuña Mackenna con *Jalabineros de $hile*

01 Noviembre 2019

samkidcrash

Título obra: Balines
Autoría: samkidcrash



Título obra: QEPD constitución
Autoría: Primigenio(comics)

Título obra: Lo lanzaron
Autoría: Primigenio(comics)

I8-O: La unión de un pueblo dormido

En el año 20I9, Chile se alzó ante un sistema que conoce de leyes, pero no de justicia; que conoce de educación, pero no educa; que conoce de competencia, pero no de generar personas competentes. Un sistema que daña física y psicológicamente. Pero el presente escrito no es sólo una crítica social, es también contar mi historia.

El día 20 de Octubre de 20I9 decidí salir a las calles, a expresar mi sentir, mi malestar, mis ganas de tener un país más justo y mejor para todxs quienes vivimos en este país. Durante los dos días previos había escuchado en televisión lo que estaba pasando en Santiago, ciudad en que estudiantes se habían levantado contra los cobros del Metro que habían tenido un alza en sus tarifas. Sin embargo, sabía que no era eso el trasfondo de todo, había más.

Durante las convocatorias en la plaza, pude apreciar los distintos tipos de artes callejeros. El centro de la ciudad se convertía en un espacio lleno de colores, música y fiesta. Pero toda fiesta tiene un fin, y este llegaba tipo 20:30 hrs, en que aparecían vehículos verde con blanco, verde olivo con rejas en las ventanas y grupos de uniformados con el mismo tono, pero armados.

Siempre se habló de violencia policial en período de dictadura, pero nunca sentí miedo hasta que me tocó apreciarla en primera persona, en el mismo espacio en que, a las I6:00 hrs., la música y el arte invadía los rincones. Había algo extraño, eso sí, no estábamos en dictadura, entonces ¿por qué había violencia policial en las calles?, ¿quiénes eran ellos y por qué nos reprimían de esa forma?

El día 8 de Noviembre llegué a la plaza como cada día. Una vez más, el arte y la música resaltaban en las personas que ahí nos encontrábamos reunidos. Ese día la violencia fue mayor, las bombas lacrimógenas eran más fuertes que de costumbre, o por lo menos así lo sentí. Siendo las 20:30 hrs., cuando decidía caminar rumbo a tomar locomoción para mi casa, y tras una nube de humo lacrimógeno, gritos y disparos al aire, recibí un impacto de perdigón en mi cuerpo. Una lesión en mi mano derecha que, hasta el día de hoy, me recuerda cuánta injusticia, violencia y abuso hay en nuestro país. Siendo las 4 de la madrugada del 9 de Noviembre, salía del hospital con la mano vendada y 6 puntos de costura quirúrgica, un punto por hora de espera, un punto por hora de continuo sangrado.

El día de hoy, a dos años del Estallido Social más grande e importante de la historia de Chile, sigo esperando por respuestas de justicia, sigo en proceso judicial contra una institución que me disparó a menos de 20 metros de distancia, escudada y armada hasta los dientes, y seguiré esperando, hasta que Chile se dé cuenta de que esto no es una democracia, seguiré en las calles, seguiré marchando, seguiré gritando, hasta que Chile sea un país libre como les prometieron a tantos y tantos que murieron sin ver esta realidad.

Chile, mi querido Chile, no bajes los brazos, sal a las calles, alza la voz por justicia para aquellos que fueron acallados en dictadura, por aquellos que fueron acallados en pseudo-democracia, por los ojos perdidos y las víctimas de derechos humanos. La pirámide no es nada sin su base, nosotros somos la base, tenemos el poder de cambiar todo, hagámoslo bien.

E. N. J. A.

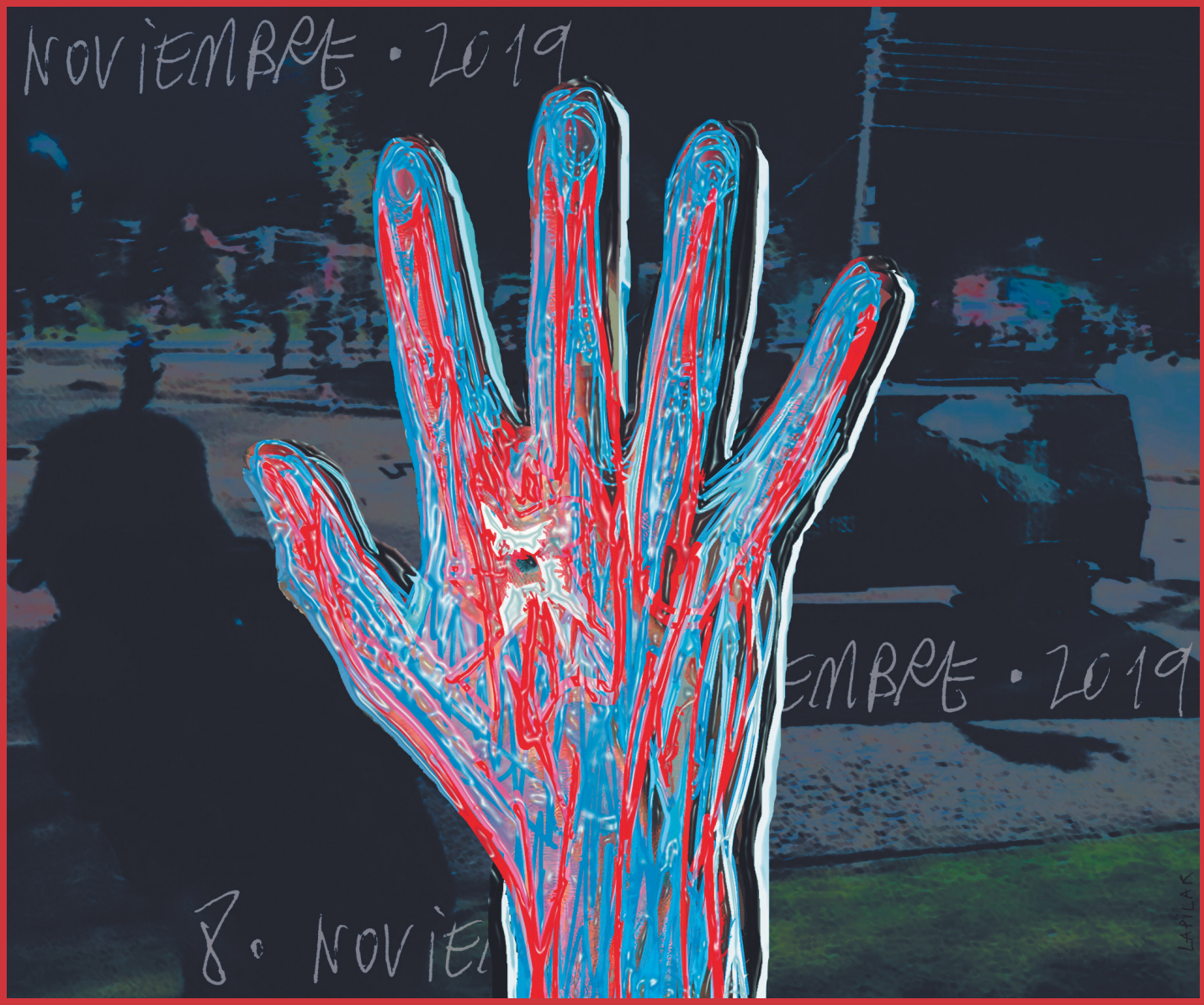
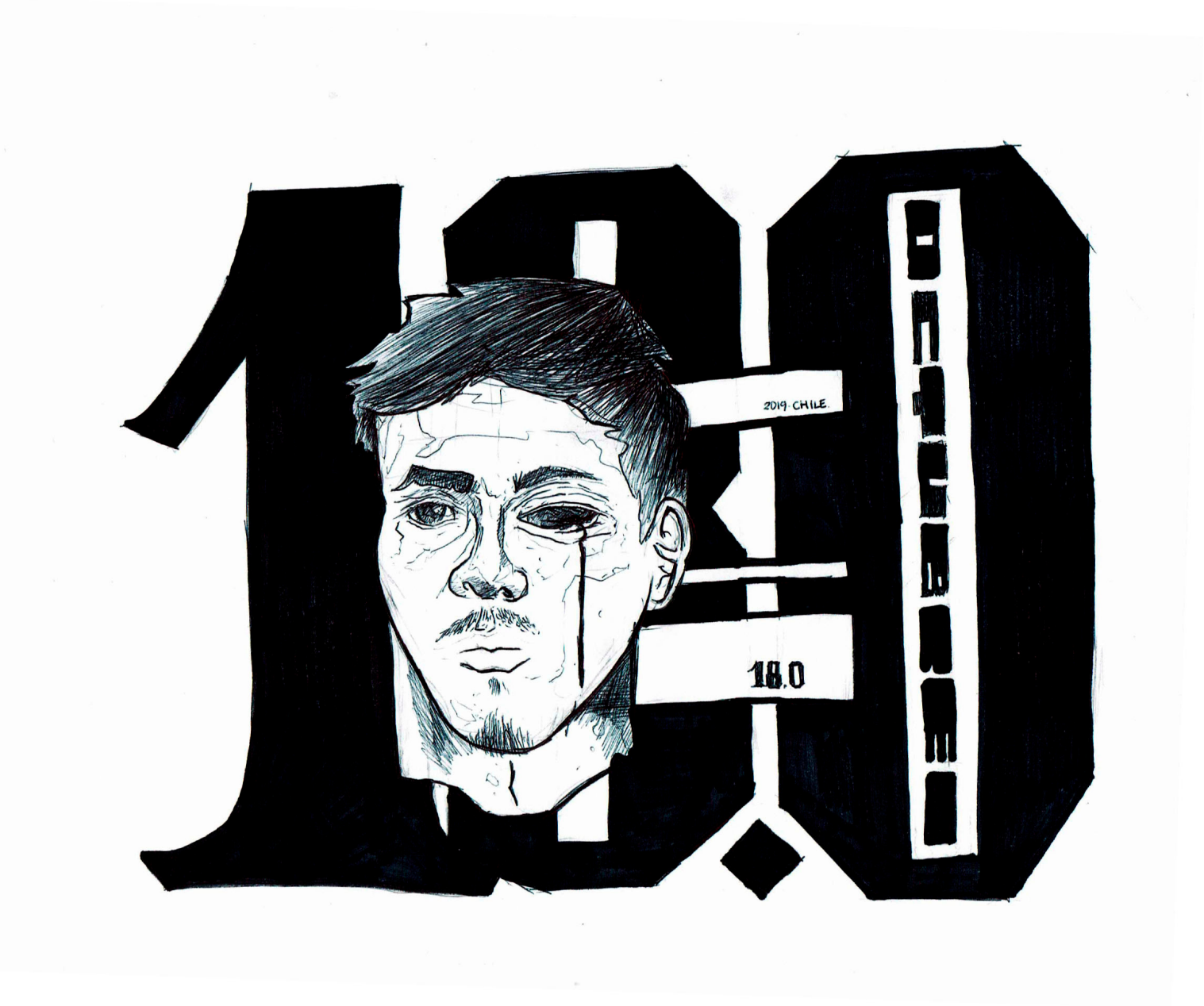


Ilustración: LaPilar



Título obra: 18O
Autoría: Primigenio(comics)

Título obra: Horizonte88
Autoría: Primigenio(comics)

y me quedo
sin palabras
por eso dibujos.
manuela

un mes de todo
y un mes de nada:

¿cuántas balas hundidas?

¿cuántos ojos perdidos?

¿cuántos días de inciertas
respuestas sin respuesta?

cuánto daño

en los cuerpos,

en los corazones,

en los espíritus,

en los recuerdos

y en la memoria.

qué memoria es
esta, que conmemora
más el dinero...

... que el rojo de la sangre.

cuántos sueños perdidos,
"AGENDA SOCIAL"
perdidos en sus palabras vacías,
llenas de esperanzas huecas

cuánto dolor más es necesario
para abrir los ojos que nos quitaron.

Porque faltan gritos para escuchar las verdades ensordecedoras.

Porque faltan días
y sobran historias.
Y escucho la algarabía
y me quedo sin palabras.

CACEROLA

A meses del estallido Social en $hile, los sonidos de las cacerolas han sido parte de la rebelión, descontento hacia un sistema injusto que ha burlado, reprimido y mutilado a miles de personas.

RICARDO COSSIO MAGGI - 2019

Estallido social en Copiapó - Archivo Memoria Acción Popular

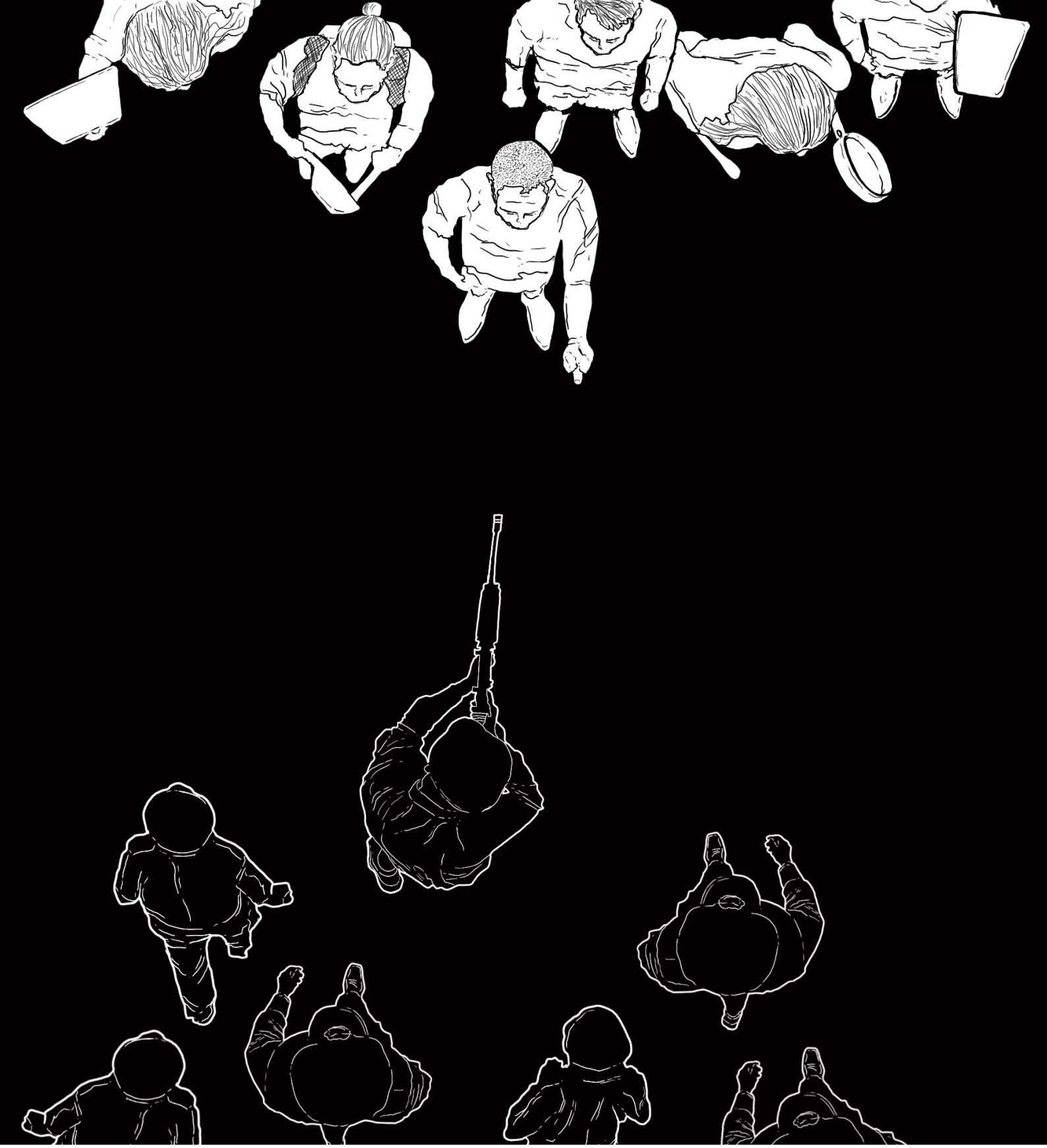
Estallido social en Copiapó - Archivo Memoria Acción Popular

Estallido social en Copiapó - Archivo Memoria Acción Popular

Hola, mi nombre es D.A.H.V y el día 22 de octubre del 20I8 del estallido social me tocó ser una de las víctimas de violaciones hacia los derechos humanos.

El 22 de octubre unos de los primeros días del inicio del estallido social del 20I8 fui a manifestar pacíficamente en las manifestaciones sociales en la plaza de la republica de Valdivia, en donde habían personas mayores de edad, familias, niñes yo me encontraba al medio cerca de la glorieta que hay en la plaza con dos amigos, cuando cerca de mas 20:00hrs llegan las fuerzas policiales de forma muy rápida con el carro lanza agua y el carro lanza gases y sin previo aviso lanzan bombas lacrimógenas con el fin de dispersar a las personas, se bajan personas uniformas con armas en mano fue todo tan rápido, no podía ver bien me picaban y ardían mis ojos y entre el caos y todo el humo que no dejaba ver, pierdo a mis dos amigos de vista, habían escapado del lugar, yo no sabia hacia donde correr pero avanzo y me ubico en la esquina de la plaza al frente del banco estado, estaba muy alterada y desesperada por encontrarlos, no sabia donde estaban, en ese momento me quedo quieta unos segundos y me llega un disparo en la espalda, un impacto fuerte lo cual me voy hacia adelante y quedo en estado de shock diciendo ¡me llegó! ¡me llegó! Yo no podía creerlo, comienzo a avanzar para poder correr a un lugar seguro y dos impactos mas de perdigones me llegan en mi pierna derecha, sentí tanta rabia en mi, lloraba de rabia, miedo y pena a la vez pero no podía detenerme y quedarme ahí, pese al dolor físico, logre escapar para protegerme de los disparos que efectuaban los carabineros hacia la población en el Banco Itau, donde se encontraban como I2 mujeres escondidas, entre ellas me encuentro con una de mis amigas me puse tan feliz al verla ya no estaba sola y yo menos, hay me reviso en la partes que me habían llegado los disparos y me doy cuenta que estaba sangrando pierna y espalda. Entre toda la desesperación intentaba calmarme y a mi amiga también, ella lloraba desesperadamente por lo que me había pasado, yo solo pensaba que tenia que llegar a mi casa rápido, salir y huir del lugar. Al momento de escapar salimos juntas todas corriendo del lugar, donde pude lograr llegar a mi casa.

A los días siguientes del suceso viajo a mi hogar, Ancud, donde comencé a sentir que mi pierna se colocaba morada, asisto al hospital san Carlos de Ancud donde me revisan las heridas de perdigones en pierna, practicándose varios procedimientos médicos, señalando en el certificado de evaluación médica que la paciente sufría de traumatismos por perdigones en su pierna izquierda y zona dorsolumbar con cambio de coloración en la piel, presentando lesiones. El impacto de la pierna fue tan fuerte que no pude moverla en un mes completo, quedó inmovilizada por el impacto, pero luego del tiempo se fue mejorando y ahora sólo quedan las marcas en mi cuerpo de ese día.



Título obra: Colisión
Autoría: Primigenio(comics)

PERIODISMO Y EL COMPROMISO CON LOS CAMBIOS SOCIALES Y POLÍTICOS

El periodismo bien ejercido es una tremenda herramienta para el desarrollo de la humanidad, de las relaciones dentro de una comunidad y la maduración de los procesos históricos que se encuentren en desarrollo.

Vivimos en un mundo de constantes, y cada vez más profundos, cambios. Pero, además, estamos enfrentando un profundo proceso de cambios de paradigmas y formas de ver, entender y establecer las relaciones políticas, económicas, sociales y de géneros en su globalidad.

Son los signos de las crisis de confiabilidad hacia la clase política, los estamentos de estado, la economía y, en general, hacia el propio proceso democrático -las llamadas crisis institucionales-, los más claros síntomas de esta transformación en la historia.

El periodista, pienso, tiene la posibilidad y el deber de escudriñar entre los hechos para buscar las fuentes de estas crisis y exponerlos, ponerlos sobre el tapete de la discusión de manera de generar debate y así colaborar con la búsqueda de soluciones y los cambios que demandan el proceso histórico.

Esconder los hechos es tapar lo que está mal y posponer peligrosa e irresponsablemente la búsqueda de soluciones. Por supuesto que hay en el tapete social, político y por ende en el profesional quienes ven las necesidades de cambios, quienes no los quieren y quienes simplemente no les interesa saber nada.

Ser periodista es difícil, siempre se abordarán los hechos objetivos desde un punto de vista particular en la búsqueda de una verdad y eso no deja contentos a todos; Ser periodista consciente de la realidad es ya más peligroso; pero estar, además, comprometido con esa realidad si o si trae serias consecuencias, sobre todo cuando la estructura social, política, jurídica y económica propende a mantener el statu quo.

Lo engañoso en el periodismo es pretender que existe una sola verdad o un solo punto de vista, pero es por esto mismo que la formación ética es fundamental. El periodista debe buscar verdades en pos de informar lo más verazmente posible sin perder la perspectiva que existen otros puntos de vista. El engaño de medios oficiales como el Mercurio es presentarse a sí mismos como un medio objetivo y veraz cuando en realidad perdieron veracidad al pretender objetividad. Ningún ser humano puede escapar de su propia subjetividad o valoración de los hechos, pero eso no puede ir en desmedro de la búsqueda de la verdad o verdades. Ese es un tema largo de abordar y tratado en profundidad por la semiología, así como por las diferentes vertientes de la teoría de las comunicaciones modernas.

LAS CONSECUENCIAS DE UN TRABAJO COMPROMETIDO

La primera consecuencia lógica es la necesidad de reinventarme constantemente en lo laboral para poder desarrollar un periodismo libre que dé cuenta los problemas del Chile real. En regiones los periodistas o trabajan en un medio que los pautea, o para los diferentes gobiernos de turno o para las mineras. Ninguno de esos ámbitos te permite mostrar una realidad sin que quede comprometido, moldeado, formateado lo que puedas decir. La segunda, es la exposición a la violencia de quienes se ven tocados por las crónicas y la mirada desde el periodismo.

Desde esa perspectiva, nunca me he visto como una víctima sino más bien como un profesional que eligió sabiendo hacia donde se encaminaba. Pero eso no opta de denunciar públicamente los abusos que se cometen en contra de uno con la misma fuerza conque denuncio aquellos que se comenten hacia las demás personas.

En el plano laboral, tuve que realizar otros tantos trabajos que me permitieran mantenerme en condiciones económicas suficientes para poder desarrollar la crónica libre. Trabajé haciendo clases en diversas universidades antes que se me cerraran las puertas, talleres de periodismo en escuelas de alto riesgo y algunos proyectos, cuando se podía.

La violencia institucional y policial siempre estuvo presente a medida que los conflictos sociales agarraban mayor fuerza. Los sufrí con creces cuando fue la lucha de Freirina en contra de Agrosuper, durante la revolución pingüina y en tiempos del paro regional de los funcionarios públicos. Los hechos fueron numerosos, desde la abierta intervención electrónica, amenazas, hasta incluso la discriminación y veto profesional desde la propia Intendencia al no permitirme entrar a una conferencia de prensa, hecho que traspasó la mínima ética profesional que debe existir entre los colegas del campo de la prensa y la información. Un periodista jamás puede vetar a otro de realizar sus funciones.

Pero cada periodo de lucha social tenía el mismo desarrollo en el ámbito de la violencia policial hacia los periodistas más comprometidos con la realidad del mundo de la pobreza. Es decir, la coexistencia relativamente pacífica de los rimeros minutos que incluso generaba algunos momentos de intercambios de puntos de vistas poco a poco iba abriendo la desconfianza y las respuestas cada vez más violentas de parte de las fuerzas policiacas. Después sobrevenían las acciones más condenables y amedrentatorias para finalmente terminar por ceder frente a las denuncias y la resolución momentánea de los conflictos sociales. Mientras que la discriminación en el campo laboral tiende a perdurar en el tiempo.

LA VIOLENCIA INSTITUCIONAL DURANTE EL ESTALLIDO

Durante el Estallido social o Rebelión popular -como se prefiera-, el desarrollo de la violencia policial hacia mi labor tuvo el mismo comportamiento de costumbre traspasó límites que nunca antes había alcanzado.

Desde los primeros momentos hubo ocasiones en los que existieron uno que otro intercambio de ideas. Algunos policías me marcaban el hecho de la violencia social y yo les recordaba cuantas veces marcharon pacíficamente y terminaron siendo humillados y engañados, entre otras cosas. En fin, existía una suerte de diálogo pacífico que fue cambiando en la medida que me tocó presenciar y denunciar abusos y excesos en la represión condenables desde todo punto de vista.

Mi trabajo periodístico tenía dos vertientes. Una era el desarrollo de una crónica diaria de las movilizaciones y de cuanto ocurría en ellas junto con un registro gráfico. El otro era el propio registro como material para futuros trabajos y como patrimonio histórico regional.

Cabe señalar que la fotografía tiene un lenguaje propio, particular, descriptivo y metafórico. Desde esa perspectiva trato de reflejar tanto la catarsis y la alegría que se produce en la gente cuando se empoderan, marchan y luchan por sus derechos como las tensiones, el miedo, el abuso policial, la rabia, entre otras cosas. Tanto los planos generales como los detalles van hablando sobre estas realidades y describen los hechos como se van sucediendo.

Por esto la fotografía es el campo más peligroso en el desarrollo de los conflictos. El buen gráfico estará al medio de la acción de frente a la represión, en medio del intercambio. Un verdadero periodista no puede permitir que lo pauteen. Las primeras tensiones con la policía se generan porque estos últimos pretenden restringir el ámbito de desarrollo del periodista, coartándolo en su acceso a la información. Por ejemplo, el famoso protocolo policial cuando realizan detenciones en el marco de las manifestaciones es que destinen a un grupo de alrededor de tres o más policías para la detención física y otros tantos para tapar y evitar con sus escudos que la prensa pueda hacer el registro gráfico de los hechos.

Las primeras evidencias que tuve que la tensión iba creciendo por parte de la policía en mi contra fueron las propias imágenes. Concentrado en mi trabajo en plena protesta no me permitía muchas veces ver las reacciones. Sólo una vez que llegaba a mi casa y empezaba a revisar el material me daba cuenta de muchos detalles que antes pasaron desapercibidos. Como por ejemplo que en ocasiones cada vez más recurrentes era posible notar que los represores estaban más concentrados en mi presencia.

Me miraban fijamente pese al enfrentamiento que estaba en desarrollo con los manifestantes.
A estas miradas le fueron sucediendo ya acciones cada vez más evidentes. Desde poner la mano para correrme del lugar o taparme el lente o rodearme de lacrimógenos.
Recuerdo una vez que estaba frente a la Intendencia sacando fotos y veía como lanzaban lacrimógenas, fue solamente cuando separé el ojo del lente un momento por causa del humo que subía, cuando me di cuenta de que varias de estas habían ido a parar junto a mis pies y que no era casual.
Todos los días tragaba humo y lloraba por los gases un mínimo de tres o cuatro veces. Generalmente porque tenía que seguir el curso de las acciones y quedaba expuesto y en algunas, eran para neutralizarme como así lo entendí. Llegó a tanto que estuve con un ronquera y dolor de garganta que en un principio pensé que era una gripe fuerte, pero no era más que la irritación producto de tanto gas, tal como me lo pronosticó un médico que tuve que consultar en aquellos días por ese y otros problemas derivados de la intensidad del trabajo que realizaba.
Recuerdo que era tanto el esfuerzo por seguir registrando gráficamente pese a lo invalidante de los gases que la propia gente me empezaron a regalar máscaras para que me protegiera. Algunas veces empecé a usarla, pero otras o no las tenía en el momento o simplemente no alcanzaba a colocármelas.
Ya a esa altura las cosas iban tomando color de hormiga. En varias ocasiones fui acorralado por -a lo menos- tres efectivos de fuerzas especiales los que me arrinconaban contra la pared y a escasos centímetros de mi cara me gritaban groserías y que me fuera, que no me querían sacando fotos en el lugar. Eso debe haber ocurrido unas cuatro o cinco veces en diferentes ocasiones.
En otra oportunidad me encontraba recorriendo el centro, como de costumbre a pie tratando de determinar en qué lugares se estaban generando focos de enfrentamiento y manifestación luego de que el casco histórico de la ciudad fue objeto de la arremetida policial con su arsenal de lacrimógenos, balines, guanacos y zorrillos.
De esta manera llegué hasta la avenida Copayapu, una avenida de Copiapó sumamente ancha que después se transforma en la carretera Norte estaba caminando por el estrecho bandejón central cuando de repente rebotó una lacrimógena contra uno de los postes metálicos de la iluminaria, la que evitó que este me diera directo al cuerpo. Ingenuamente pensé que era casual pero luego reparé en el hecho que no había nadie más en ese sector y que la manifestación se encontraba mucho más adelante y totalmente fuera del ángulo del disparo de la lacrimógena.

No pasó mucho rato antes de que le sucedieran una, dos... hasta cuatro. Todas rebotaron en la tubería que a esas alturas me mantuve detrás de ella para protegerme. Entonces, en una pausa simplemente corrí hasta donde se encontraban los manifestantes.
El 23 de octubre del 20I9 los manifestantes esperaron hasta el momento que iniciará el recién instalado toque de queda. En ese momento la gente empezó con una cuenta regresiva I0, 9, 8... en desafío a la nueva medida restrictiva de Piñera. Cuando la cuenta llegó a cero la policía dejó caer una batería de lacrimógenas y los manifestantes fueron dispersados.
En la calle solamente quedaron algunas personas que se iban retirando tranquilamente a sus casas y nosotros los de prensa. Me dispuse a caminar junto con un amigo y audiovisualista cuándo de repente dos fuerzas especiales que iban caminando unos cuantos metros más adelante miraron hacia atrás y empezaron a correr hacia donde nos encontrábamos, para pasarnos y llegar hasta el borde de la calle. Cuando los ví reaccionar, instintivamente tomé la cámara y me disponía a colocar en el ojo en el visor porque sabía que algo iba a suceder. En la calle iba caminando un caballero a paso lento, quien se estaba retirando del lugar. Cuando los policías llegaron hasta el borde de la vereda a una distancia de no más de un metro del caballero, uno de los policías levantó su escopeta y sin más disparo a la altura de la cabeza del señor.
Todo sucedió tan rápido que sólo alcancé a registrar cuando ya se había desplomado el cuerpo al suelo. Entonces se reincorporó y se tapó la oreja desde la cual sangraba profusamente. Al parecer, por suerte, el disparo no le dio de lleno, sino que en su oreja. Acto seguido, el autor del disparo se fue y quedo el otro funcionario al lado de su víctima.
No solo tomé las fotos que pude, sino que además di aviso al INDH de lo sucedido, así como la identidad de la persona herida que luego fue detenida. Luego de la denuncia de estos hechos pude notar un par de seguimientos en la calle.
El 29 de octubre, tras una nueva jornada de protesta en la calle frente a la Intendencia Regional que terminó con la dispersión a punta de lacrimógenas, perdigones, guanaco y zorrillo; como me dí cuenta que ya no pasaba nada corte la mitad de la Plaza para dirigirme tomar la calle del costado y dirigirme así a mi casa. Estaba en eso cuando un poco atrás vi un par de jóvenes que salieron

corriendo rápidamente y detrás de ellos iban tres policías, otros dos se quedaron dirigiéndose hacia la esquina. Me percaté que los jóvenes estaban muy lejos de ser alcanzados así es que me quedé tranquilo. Tanto era así que uno de los perseguidores levanto el brazo en además de abandonar la carrera y se devolvió caminando para alcanzar a los otros dos que se retiraban del lugar.

Sin embargo, el policía se percató de la presencia de una menor que iba caminando y se devolvió. La joven que nada tenía que ver con lo que haya sucedido levantó los brazos al ver al policía que se le acercaba. Inesperadamente el funcionario la tomó del pelo con una mano y con la otra le dio un golpe a la cara y con la ayuda de los otros dos se la llevaron detenida. Denuncié el hecho con las fotos que tomé. Finalmente, la joven, que más tarde supe se llamaba Josefa, fue liberada en circunstancias de que la querían formalizar porque, según supe, le habían metido piedras en su mochila. Hasta hoy hay un proceso abierto en contra del carabinero que la detuvo.

Dos días después de ese hecho, el 3I de octubre, me encontraba sacando fotos mientras policías y civiles del OS7 mantenían a un joven boca abajo en medio de la calle mientras uno de los efectivos cargaba su rodilla en la espalda y el otro apretaba la cabeza del joven con palo.

Entonces, desde el rabillo del ojo derecho me percaté que otro policía que observaba la acción empezó a hacer gestos apurados a alguien detrás mío y me señalaba insistentemente. Frente a eso me apuré a sacar el máximo de fotos pensando que me iban a correr o a hacerme algo. Así fue. El funcionario qué estaba detrás se colocó al lado mío y en un rápido y certero movimiento levantó el codo y me pegó arrancándome una prótesis dental de un solo golpe. Todo esto mientras estaban ya subiendo al joven a un furgón.

Me dí vuelta y encaré al funcionario que pude ver era quien dirigía a los civiles del OS7. No me pescó. Siguió dando instrucciones y miraba por encima de mí como si yo no existiera. Entonces me puse a sacarle fotos. Hizo un gesto a los demás civiles y todos se subieron rápidamente a las camionetas y se retiraron del lugar en pocos segundos. Llegué a mi casa y subí las fotos y la crónica de la jornada. Solo al día siguiente me animé a denunciar públicamente lo sucedido aun cuando mis colegas ya conocían el hecho por encontrarse algunos cerca del lugar.

Luego de esto pude notar varios seguimientos a pie, a lo menos unos tres o cuatro en diferentes días. En una oportunidad, una persona que me siguió por varias cuadras, después que entré a un negocio se quedó en la puerta; mientras tanto me puse a conversar con el comerciante. En esa oportunidad salió el tema del estallido y le empecé a contar todas las cosas que me había tocado presenciar cuando de repente

el sujeto que se quedó esperando en la puerta entró y empezó a hablar en contra de los manifestantes acusándolos de delincuentes, luego se dio media vuelta y se fue por donde mismo había llegado. Cuando me dirigí a mi casa lo volví a ver parado en un punto del trayecto y no tan a la vista.

Por esos días era frecuente recibir golpes de escudos cada vez que registraba las detenciones o recibir gas pimienta, aunque este último en general era para un grupo de personas en general. Aún cuando en una oportunidad, en momentos que se desarrollaba una barricada en la avenida circunvalación frente a Inacap y yo me encontraba descansando un rato contra la pared llegaron efectivos del Gope y de la PDI. Uno de los del Gope se fue directo hacia donde me encontraba por lo que le señalé que era prensa. Me pidió entonces que le mostrara la credencial de periodista, cuando agache la cabeza para buscarla en mi bolso, el efectivo aprovecho mi descuido y me arrojó un chorro de gas pimienta directamente a los ojos demasiado cerca... como pude lo seguí, sin poder abrir los ojos, pero saqué todas fotos que fuera posible, algunas rescatables y otras evidentemente movidas o fuera de foco, hasta que el sujeto se subió al vehículo del Gope para esconderse.

El I2 de noviembre la acción represiva tuvo un recrudecimiento. Ese día los carabineros no se midieron al momento de usar la escopeta y dispararon todo lo que pudieron. Como era de costumbre en esa etapa del estallido, los enfrentamientos tomaban fuerza en el propio frontis de la Intendencia y fue entonces que mientras sacaba fotos y me enfoque en uno de los policías que disparaba su escopeta que este se volteó hacia mi empezó con un juego de apuntarme directamente luego a un lado y luego al otro para volver a apuntarme mientras se reía. Dado que esta secuencia sucedió muy rápidamente y mi cámara a esas alturas se encontraba muy golpeada y maltrecha, no fui capaz de sacar la foto del momento preciso en el que me apuntaba, sino que siempre salía corrida ya sea a la derecha o a la izquierda.

El I3 de noviembre salí tarde a reportear así es que llegué al Registro Civil cuando ya los manifestantes se habían ido y se estaba quemando el edificio público. Los periodistas estaban aglomerados frente al sector de la reja que estaba abierta y por donde entraban o salían los bomberos y personal que estaba enfrentando la emergencia. Por un momento me ubiqué al lado de ellos para sacar algunas fotos, pero luego decidí irme al rincón para no entorpecer el paso. Fue entonces, cuando me encontraba solo en un rincón que dos efectivos de carabineros me conminaron a retirarme como yo les reclamara me agarraron de los brazos doblándome las muñecas y un tercero se me vino encima y dirigió algunos puñetazos a la cámara con la clara

intención de dañarla. En esa oportunidad me iban a detener, pero la intervención de un ex seremi de justicia y ex decano de la facultad de derecho de la UDA que llegó hasta el lugar los llevó a desistirse de la acción.
Ese día los registros audiovisuales se viralizaron, pero en las imágenes no se aprecian los golpes intencionales contra la cámara fotográfica.
Pocos días después sufrí un nuevo percance cuando un guanaco dobló intempestivamente hacia donde yo me encontraba cruzando en una punta de diamante y se me abalanzó acelerando a fondo. De reojo me di cuenta del hecho y no sé cómo, pero lo cierto es que pude sentir "el chorro" de adrenalina junto con el roce al esquivar el golpe al último minuto con un solo salto. Luego de eso busqué el pasto de la placita contigua para sentarme un rato y respirar.
Fines de año la violencia policial sufrió un nuevo recrudecimiento ante las tomas de liceos previas a la PSU. Fue entonces que tuve que defender a uno de los gráficos de un diario local ligado al Mercurio y que fuera detenido luego de que supuestamente había agredido a una carabinera. Dicha agresión jamás existió como se pudo comprobar mediante los registros de videos de los propios reporteros así es que nos manifestamos como colegio de periodistas y sostuve una entrevista en la que reclamé por el montaje, los continuos atropellos a la labor de la prensa y el protocolo de carabineros que impide la libre información de los periodistas.
Al día siguiente fui amenazado veladamente por un civil y funcionario de la UDA que me mostró una vara retráctil mientras sacaba fotos en una de las protestas estudiantiles contra la PSU. En otra manifestación frente a la Toma del Liceo de Música recibí varios golpes de escudos de los efectivos que se encontraban deteniendo a unos manifestantes.
Esa situación se mantuvo, declinando a ratos, recrudeciendo en otras hasta que unos días previos al primer aniversario del Estallido, el viernes I6 de octubre, se desarrolló una gran marcha en Copiapó. Entonces se me acercó un individuo como si nos conociéramos de mucho tiempo y me empezó a contar que se topó por casualidad con la marcha y luego pasó a preguntarme por el cumpleaños de mi hija. Situación que me pareció extraño porque normalmente nunca comento cosas familiares con otras personas a no ser que sean muy cercanos. Por lo que pude ver, más bien manejaba informaciones que mi esposa había publicado en las redes con sus amigas. Luego la conversación dio u giro y me preguntó si sabía que se iba a hacer para celebrar el aniversario del Estallido... me hice el loco y le señalé que no sabía pero que generalmente se sabía por las redes.

Me retiré del lugar y comenté el hecho con otros amigos y pude darme cuenta de que no era el único que tenía sospechas sobre el sujeto. Lo observamos un rato y ya non nos cupo ninguna duda, se trataba de un infiltrado. El hecho en sí no me preocupó porque era típico que sucedieron cosas como esas pero lo siniestro era la información personal que manejaba sobre mi hija.

Ese día, después de la marcha y la protesta, ofrecí dejar en casa a uno de los audiovisualista que como sabía tenía que pegarse un pique muy largo, solo a pata. Así es que fuimos por el vehículo y lo deje en su casa. Cuando venía de vuelta, por Juan Martínez, apareció un vehículo que se puso adelante y otro por atrás. Como me percaté que algo extraño sucedía, siempre mantuve una distancia prudente con respecto al vehicula que tenía adelante. La situación se volvió extremadamente absurdo ya que éramos los únicos tres vehículos en toda la avenida y como yo evitaba acercarme al primero y este marchaba cada vez más lento, llegó un momento en que íbamos a la vuelta de rueda. Desde la distancia me percaté cuando cambió el semáforo de la avenida del fondo -Alameda- y aceleré pasando el primer vehículo y me escabullí por diversas calles. Cuando llegué a mi casa, ambos vehículos se encontraban en la esquina, detenidos con el motor andando.

Al día siguiente fui al supermercado con mi señora y me estacioné en el interior del recinto. Entramos a comprar, pero luego me acordé de que se me habían quedado los documentos en el interior del vehículo por lo que me devolví. Encontré el vidrio roto del lado del copiloto. En cuestión de pocos minutos me habían robado los documentos y el celular, mientras que la cámara fotográfica y otras especies no fueron tocadas. Por esta acción no pude votar el día del plebiscito por el apruebo.

En los días siguientes me invitaron a una entrevista radial en el que relaté cada uno de los hechos y sostuve mi critica al protocolo de carabineros que en gran parte busca, a mi entender, obstaculizar la labor de la prensa y esconder en definitiva la violencia ejercida en mucha de las detenciones abriendo así una brecha de abuso policial y un marco de impunidad.

Luego de esta entrevista y en circunstancias de que algunos efectivos policiales se encontraban deteniendo a un manifestante a punta de lumazos, uno de los funcionarios me agarró de la hombrera de la camiseta y me impulsó hacia adelante diciéndome “no querías sacar fotos... pasa huevón, pasa po, saca fotos...”

A partir de ese día y del triunfo del apruebo la tensión bajó sustantivamente y se circunscribió a encontrones verbales breves y puntuales hasta que de plano desaparecieron los hostigamientos. Sin embargo, lo que nunca ha cesado hasta el día el hoy es la evidente intervención electrónica tanto del celular como de internet.

Intervención que en ocasiones no tiene reparos en ser evidente y que cuando me encuentro subiendo denuncias de abusos o formulo análisis de carácter críticas o realizo un live con algún comentario escrito, éstas me son borradas constantemente antes de subirlas por lo que publicar se vuelve una odisea.

LAS CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS

Responder hoy, a más de dos años de los hechos, a la pregunta acerca de cómo me siento es un acto simple y a la vez tremendamente difícil. Me he sorprendido yo mismo haciendo inconscientemente el quite, dejando para el final esta confrontación con mis propios sentimientos. Independiente de las dificultades técnicas que pudiera haber tenido, o de un resfrío como consecuencia de quedarme hasta tarde reporteando las celebraciones del triunfo electoral de Gabriel Boric, se que tuve que prepararme, darme ánimo, generar un espacio especial para poder examinarme respecto a lo que quedó luego de todos estos episodios de violencia verbal y física.

Tristeza, dolor... más que rabia es lo primero que se me viene a la mente como un carbón que arde desde la boca del estómago. No sé si cabe la decepción porque la verdad es que nunca tuve fe en la justicia. Creo en la buena voluntad de personas, individualmente hablando, y en las decisiones con otros intereses de las instituciones.

Creo que si tengo que hacerme el ánimo y perseverar en la búsqueda de justicia, aunque sea como un último esfuerzo, para que "el nunca más" se imponga con más fuerza. Que los funcionarios lo piensen al menos dos veces antes de ponerse al lado y pegar un codazo con total abandono de la empatía sólo para tratar de tapar lo que están haciendo. Que les cueste en la consciencia pegar, disparar o ejercer violencia.

Nunca me dejará de sorprender la facilidad y las ganas que algunas personas le ponen al momento de agredir a otra. La tristeza y el dolor viene de esta constatación. Como viene también de ver la realidad, la pobreza, el día a día de la sobrevivencia, entonces si siento rabia e impotencia cuando trato de entender este mundo la desconexión del resto de la sociedad.

El mundo de la pobreza tiene un lenguaje propio más asociado a lo inmediato y las soluciones concretas y puntuales más que a los conceptos y los discursos de buena fe o a las simples promesas. Recuerdo a los colegas periodistas haciendo reportajes y criticando a quienes se sentaban en la vereda de sus casas a tomarse una cerveza en plena pandemia y toque de queda. Las realidades sociales sultan ser más fuertes

que las declaraciones de principios, las opiniones o las valoraciones que pueda tener el profesional. El encierro de quienes prácticamente viven hacinados y prácticamente sin un patio o un espacio para poder respirar y distraerse un poco no es el mismo de quienes viven en casas muchos más amplias. Desde esta perspectiva, la vereda es como el patio delantero.

Lo que quiero describir con este ejemplo es la desconexión que existe entre mundos tan distintos y las valoraciones que se hacen desde una mirada totalmente ajena a esa realidad. Desde esa perspectiva se puede entender que un ministro diga que no sabía como vivía la gente en las poblaciones, o que el periodista haga comentarios tan desconectados o que los funcionarios reaccionen con tantas violencia y provoquen más violencia al no entender lo que hay detrás de una protesta.

Cuando paso al lado de un carabinero siento desconfianza y trato de pasar sin mirarlo siquiera. Creo que en cierta manera he llegado a normalizar este tipo de conducta a tal punto que ya ni siquiera lo percibo o me lo cuestiono. Últimamente me he encontrado con la situación de que hay carabineros que la institución los ha puesto para el dialogo y buscan un acercamiento más "humano" con los manifestantes y con la prensa... me resulta extraño y debo reconocer que desde el fondo de mis entrañas no me resultan creíbles. Los escucho y dialogo con ellos pero no les puedo creer.

José Manuel Gutiérrez Bermedo

Pobre y débil mental
Apaleando por deber o placer
Con cada embestida que das
Otra vez quitas tu frustración
Como el día que te gritaron
U otro motivo doloroso
La escopeta es tu consejera
Indiscriminadamente sin ver a los ojos
A diestra y siniestra dañas porque sí
O... ¿te detienes a pensar?
A los ojos apuntas para que no te vean
Siempre arengado por tu superior
Ese que te dejara solo y echara la culpa
"Si yo no te di esa orden"
Impunemente te acusarán que tú fuiste
No pagarán los que están arriba y NO lo sabes
Obtendrás lo que mereces... NADA

ANÓNIMO

Temor a perderlo

En la infancia, recuerdo con claridad, una serie de amenazas que hacían oscilar mi decisión de comportarme de determinada manera. Esta amenaza, teñida de preocupación materna y paterna, decía: sigue así y te van a llevar los carabineros. ¿Carabineros? Los pacos pensaba yo, así les dicen en la calle, así les dicen las señoras de la feria mientras en su rostro figura una expresión de rabia y temor. Siendo mayor, logre comprender porque esas mujeres se expresaban así.

El 08 de noviembre de 2019 sentí un nuevo temor. El temor que le pase algo a él, que tenga algún daño irreparable, que su malestar sea tan intenso que nadie pueda sostenerlo.

No veía nada y tenía nauseas, fue repentino.

Llegamos a la plaza, conversábamos y como siempre L me iba contando algo para que yo lo mirara como diciendo: ya empezaste. Lo cotidiano. Nos detuvimos en el pasto, de pie y vimos como venían, ellos. Los pacos como le decían las señoras de la feria, los carabineros como decía mi mamá. Venían, enajenados, con la mirada firme pero perdida en una instrucción que contenía el mensaje de: disparen al cuerpo.

No veía nada, tenía nauseas, fue repentino. Salí corriendo, perdí a L. Me desesperé, no podía perderlo porque yo lo llevé ahí.

Recuerdo claramente, que, entre humo, llanto y desesperación, alguien me toma la mano. Era una mano familiar, una mano hermana. L, pensé, mi hermano está aquí para guiarme. Salimos de ahí, de una plaza que ahora simbolizaba el encuentro y lucha. De frente nos topamos con los pacos, eran varios de ellos reunidos en grupo y nos señalan hacia donde seguir caminando, porque no podíamos pasar por dónde ellos estaban. La verdad, es que no teníamos otro camino que tomar más que el que ellos nos estaban mostrando, con una amabilidad fingida. Lo tomamos, corriendo juntes y ahí, mis oídos retumban y sentí temor, por mí y por mi compañero. Comienzo a escuchar balazos, inmediatamente supe que nos estaban disparando perdigones, pasaban cerca nuestro porque sentía una brisa. Escuché a mi hermano quejarse, pero seguimos, él me dijo que siguiéramos hasta un lugar seguro.

Es desconcertante ir conversando, compartiendo emociones, sentires y pensamientos y que te interrumpa la violencia. Es desconcertante ir corriendo porque te sientes en peligro y no encontrar un lugar seguro. Es desconcertante pensar que tu amigo, tu hermano, puede ser herido.

Nos detuvimos y vi sangre. Sangre que corría de la mano de L, su cara de dolor, mucho dolor, temor y preocupación, aún no dimensionábamos qué había ocurrido. Él trataba que yo estuviera tranquile, sentía su esfuerzo por controlar su miedo, fallido por supuesto, pero yo tenía que entregarle calma y pensar. Pensar en qué hacíamos ahora.

Me saqué mi bandana, esa misma que me protegía de las lacrimógenas y mi identidad, se la puse en la mano, no sin antes revisar. Ahí noté cómo su dedo estaba herido, ¿un corte quizás? ¿un perdigón? Sí, un perdigón atravesó su dedo y sangraba, como si gritara ayuda mediante la sangre. Caminamos, entre mucho caos, buscando una forma de ir al hospital. Llegamos y, como si el destino nos pusiera una prueba, cruzamos la puerta y nos encontramos con ellos, dos agresores del estado luciendo su traje verde, con su impronta de autoritarismo y violencia. Vi como L se desconcertó, tambaleó emocionalmente, aunque físicamente se mantuvo firme, estoico. Procedimos a seguir la burocracia y esperamos, por horas. Esperamos atención.

Nos manteníamos cerca, abrazades a ratos, contándonos historias y hablando de lo ocurrido, una catarsis inmediata dentro del shock, hice lo que pude para decirle que todo estaría bien, que, de esta, así como de muchas otras, salimos juntes.

Cuando entendí lo que paso, sentí culpa. L me protegía, él entendió primero que yo lo que estaba pasando ese día y puso el cuerpo para cuidarme. Motivado por instinto y amor, puso el cuerpo. Cuerpo ahora herido. ¿Cuál es el sentido de enviar a alguien directo al lugar de ataque? Mi sentido no es el mismo que el suyo, en este momento éramos algo así como enemigos y, en el campo de batalla, alguien debe sobrevivir para proteger sus intereses.

Sobrevivimos, sí. ¿Pudo ser peor? Sí, pero hasta hoy me pregunto qué siente L cuando los ve. A veces noto que se pone estoico nuevamente, mientras su mirada me transmite inseguridad.

Alex Silva Redlich

Autorxs:

Luna Grandón / @fotorevuelta
LaPilar
Joaquín Zamorano
Radowulff
Alex Sandro
Samkidcrash
Primigenio(comics)
E.N.J.A.
Maiwalena
Ricardo Cossio Maggi
D.A.H.V.
José Manuel Gutiérrez Bermedo
Anónimo
Alex Silva Redlich
Mario Castillo G.
Daniela Zúñiga S.
Alejandra Zolezzi V.

Con la colaboración de:

Universidad Austral de Chile
Instituto de Estudios Psicológicos

CAP
Clínica de Atención Psicológica UACh

INDH
INSTITUTO NACIONAL DE DERECHOS HUMANOS

Las opiniones vertidas no representan, necesariamente, el pensamiento de la Universidad o de las organizaciones colaboradoras.